

EL CANTICO DEL HERMANO SOL:
POEMA DEL AMIGO Y HERMANO
FRANCISCO DE ASIS

Benjamín Tapia, O.F.M.

La verdadera *piEDAD*...
había llenado el *corazón* de Francisco.
... lo remontaba hasta *Dios*
por la *devoción*.
 lo transformaba *en Cristo*
por medio de la *compasión*,
lo inclinaba hacia *el prójimo*
por la *condescendencia*
y,
por la *reconciliación*
con cada una de *las criaturas*,
lo retornaba al estado de *gracia original*.

93

S. Buenaventura, *LM* 8, 1.

“Ustedes son demasiado razonables para creer en el Sol”, denunciaba Hölderlin. Y nuestros ‘científicos’ le dan la razón: “Hoy —afirman— no podemos hablar de agua; tenemos que decir H₂O”. Muy al contrario de Descartes, considerado padre de la racionalidad moderna, escribe: “Parecería extraño que los pensamientos profundos se encuentren más frecuentemente en los escritos de los poetas que en los de los filósofos. Hay gérmenes de luz dentro de nosotros... Los filósofos los extraen por medio de la razón, en tanto que los poetas lo hacen con un resplandor más vivo por la gracia de la imaginación”. También Pascal pedía que la geometría llegase a armonizar con el

“espíritu de fineza”, y la lógica a convivir con la cordialidad. Porque ambas expresan lo humano. Y porque el hombre no sabe verdaderamente más que lo que experimenta vivencialmente.

Cuando alguien afirma: “El amante, como el poeta, es una amenaza”, piensa en la fabricación en serie. Cuando un teólogo notorio escribe: “En las palabras de Jesús está la creación inmediatamente presente, tal como uno la ve, concreta y particularizada... No se trata de un mundo transformado por *el romanticismo*, como el del *Cántico al Sol* de Francisco de Asís”, lo más benévolo que podemos hacer es recordarle unas palabras de *Hamlet*: “Horacio, hay en la tierra y en el cielo muchas cosas de las que tu filosofía no alcanza a entender nada”.

94

Del teólogo Bornkamm tendríamos que decir: primero, que ignora que la *poesía* no es un lenguaje anticientífico, sino que *es otro lenguaje*, que no sólo dice las cosas “de otro modo”, sino *que dice otra cosa*, y que puede ser empleado ventajosamente en la expresión de la fe. Existe la ‘objetividad’ del arte, del humor, de la desmesura, de la cortesía y de la santidad. En segundo lugar, quizá nuestro teólogo leyó, no a Francisco, sino el “Antes de la salida del Sol”, de Nietzsche, en su *Así habló Zaratustra*. La diferencia entre ambos es abismal: para Nietzsche, Dios es el Poder caprichoso, arbitrario, y del que son indignos el amor, la bondad y la sabiduría; para Francisco, Dios es Buen Dios, todo Bien, Bien fontal del que todos los seres reciben significación: vida, valor, sentido y dignidad que Dios mismo ‘cuida’.

La Edad Media tuvo un extraño sentido de lo común y concreto: vida y muerte, luz, razón y conciencia común. Francisco, un ex-céntrico que siempre está vuelto hacia un único centro, Dios, va mucho más allá: “¡No hay que despreciar nada! Hay que saber escuchar, prestos a descubrir Su presencia, sin rechazar nada; comprender, sin turbar las cosas; respetar, haciendo silencio dentro de sí

mismo. Porque el silencioso y lento brotar de la vida, como el vuelo del ave y el discurrir del agua, hablan lenguaje de amigos". Estamos de acuerdo con Chesterton: "La Edad Media no hubiera soportado a nuestros Schopenhauer ni a nuestros Nietzsche burlándose amargamente de la vida y de todo".

Lo romántico es típico de la subjetividad moderna, que proyecta sobre el mundo los propios sentimientos, los de un 'yo' cerrado dentro de sí e incapaz de escuchar. En Francisco, las cosas están ahí, con su propia luz y humildad; como en las pinturas de Van Gogh o Cezanne. *Cocerlas* es un hecho de *sim-patía* y de *em-patía*, es decir, de sentir-con y de identificarse con la realidad sentida. Más exactamente diríamos que Francisco es un *pobre* que lleva en su desnudez las semillas de la creación y la humanidad, y que las desparrama con prodigalidad, sin calcular dónde vayan a caer. "No despreciar las humildes voces de la tierra. No impedir al sol que brille. Poder confiar. Es el nombre de *la bondad* que hace ancho y profundo el mundo", preocupación de Dios, que hace lucir el sol sobre todos.

95

Francisco no es —permítaseme la comparación— un "ordenador" de datos y estadísticas, sino un "explorador" que vive lo imprevisible: siempre en trance de descubrir, de acoger lo inesperado, disponible, viviendo "de nuevo" o estrenando mundo; un *hombre del asombro* y de la naturalidad: simple para las grandes empresas y serio para las cosas mínimas. El resultado es la "aventura vital de hacer hermandad". Para todos los que lo vieron, no sólo la palabra "fraile" les resultó familiar, sino que experimentaron que todo era distinto si lo habían encontrado.

1. POESIA Y EVANGELIO

Hermanos: deberíamos recorrer todo el mundo y cantar el *Cántico de mi señor Hermano Sol*; creó

que Dios hará los corazones de los hombres más humildes y que *retornen a la antigua amistad.*

El *Cántico del Hermano Sol* es obra de momentos-cumbre de Francisco: de madura experiencia espiritual, de ideal depurado, de armónica visión integrada de Dios, los hombres y el mundo, y de plena adhesión a la vida desde una honda preocupación por la reconciliación y confraternización. Leer el *Cántico* en la balbuciente lengua umbro-italiana en que fue compuesto es tanto como beber agua limpia, corriente, y descubrir el arduo camino hacia las cumbres nevadas... donde el agua nace. La fascinación y sobrecogimiento que produce el poema tienen su fuente en la hondura, claridad y simplicidad de Francisco, hermano y pobre. “Los niños tienen una sensibilidad mucho más aguda que los adultos para lo inefable” (Halbfass); Francisco, a diferencia de los demás, creció en esa sensibilidad: “se hizo varón todo fuego, terreno y celestial” (M. Buber), y supo que “cuando el alma escucha, todo lo que está vivo tiene voz, y el más suave susurro se convierte en palabra y signo” (Gezelle).

96

Francisco fascina; pero, a la vez, es un desafío que nos lanza desde su humanidad lúcida: una humanidad en la que ha rescatado para nosotros lo mejor y más anhelado de nuestra propia humanidad. Digámoslo así: Un día nos lo encontramos, conversamos, comemos con él; es un hombre bueno, pobre, sencillo y con gran sentido común, que se toma en serio la vida, el evangelio y el prójimo; poeta y artista, creyente ‘provocativo’ por su modo de ser creyente. Otro día acaso lo encontremos yaciendo en dolores mortales, como Job; pero no maldice la vida; se debate en un desamparo total (lo que llamamos “ausencia de Dios”, “noche oscura”, experiencia de vacío y fracaso de sentido), y sereno: “Dios ES; eso basta”.

Sería ingenuo y peligroso desconocimiento de sí mismo suponer la vida de un santo siempre fácil y transparente, sonriente. La santidad —y la humanidad— son fruto de

luchas penosas, con cumbres luminosas y simas de fragilidad. La libertad nunca es regalo, sino logro de arduo proceso de liberaciones. No puede leerse ni romántica ni racionalmente el Evangelio de “Bienaventurados los pobres” ni el *Cántico del Hermano Sol*. Francisco *se fue haciendo hermano* universal, no lo ‘era’ desde el comienzo; el *Cántico* es un himno a un *universo reconciliado* con misericordia y paciencia, con ternura y negándose a la ira vengativa, con confianza brindada a los otros. El *Cántico*, escrito cuando Francisco está ciego pero sigue cantando al Sol, está muriendo y ensalza la vida, es un poema nacido de una *fe de pobre*, cantor agradecido de un *mundo reconciliado* en Jesucristo, el crucificado y viviente.

“Hay que ser pobres como las flores tristemente pobres del carril, al viento loco de los viajes” —escribía Rilke—. Francisco canta hermanando al Viento; *re-conoce* el vigor vivificante del Viento, *expresa simbólicamente* la íntima aspiración del hombre abierto a la totalidad de ser, y nos *da la imagen* del Espíritu, soplo divino fecundador de cuanto es. Esto nos dice del despojamiento interior de Francisco, de su apertura de alma, logrados en largo caminar “ascético” de purificación y desappropriación, de pobreza y simplicidad. Pero es, también, la *clave existencial* del *Cántico del Hermano Sol* una experiencia *cósmica, síquica y espiritual* del Hermano. Y revela a un Francisco que es “conciencia plenamente abierta a los toques de la naturaleza, de los otros hombres y de Dios” (Lavelle).

97

La *Legenda Perusina* (n. 21), con la ingenuidad de lo primitivo, habla de “Francisco, afectado interior y exteriormente, en su cuerpo y en su alma”, y nos remite a una experiencia de alegría y dolor, pasión y turbación en defensa de su ideal, de fe de pobre y evangelio, de *amor*. El *Cántico* revela el *ardor de un amante* que ha dado a la *libertad* el nombre de *bondad*. Porque *pobreza* es un modo de ser: dejar que los seres sean su ser, renunciar a dominar y utilizar lucrativamente. Humildad es asumir las propias raíces de tierra (=humus) junto-con las cosas

humildes, con pureza de corazón, en amigable unión con todas las criaturas.

Y al final, *la paz*. Paz profunda, como la de la tierra acabada de labrar: tierra arada, dada vuelta, sin resistencia, abierta y dócil como una amante, barco en el frescor vivo de la tarde. Francisco vive sus últimos días, su obra parece fracasada y sus ojos no ven la luz; sólo queda una desmesurada realidad: "Dios ES; eso basta". Es la pobreza; y la paz de la confianza; y la luz de un universo arropado por la misericordia. "¡Si supiéramos adorar!", exclama Francisco. La paz no se consigue luchando, sino venerando, adorando. Conocerá la libertad quien se goza de que Dios sea Dios, ternura y solidaridad. Conocerá la liberación de los otros quien ame: "es bueno que tú existas".

98

S. Buenaventura habla de la *piEDAD* de Francisco, de su corazón madurado por la devoción, com-pasión, con-des-cendencia y re-conciliación. La *Biblia* dice "pureza, ciencia, comprensión, amabilidad". Y estamos tan lejos del *romanticismo* que, como escribe L. Boff, "sería desastroso ilusionismo pretender comenzar por donde Francisco terminó, sin re-hacer su camino de pobreza y humildad, que lo condujo —por el amor— al encuentro con las cosas más pequeñas y con los hombres más pobres".

Francisco se llama "simple e iletrado". Pero hay que tener cuidado con esa 'ingenuidad'. "Las personas mayores son muy lentas para comprender" —dice *El Principito*, de Saint-Exupery—. Los malentendidos deslucen la vida y pasión enamoradas de Francisco; su vida, en cierto sentido sublime, tiene algo de tragedia: su ideal de hermandad, construido sobre la pobreza y la servicialidad, parece una "utopía imposible"; muchos lo juzgaron "loco" de manicomio; otros, "maravilloso soñador"; casi todos se empeñaron en enseñarle la "prudencia del realismo". Pero Francisco hizo algo muy simple: demostró con su existen-

cia que la “utopía” es posible; y que si es posible, es una obligación para todos: es cuestión de amor apasionado.

Leclerc habla de “una poética de reconciliación del hombre con su *arqueología* —su ‘principio’— y con su apertura a la totalidad de una *existencia en la luz del Ser*”. Sin duda, Francisco es un intérprete de excepción de la grandeza y de la humildad del hombre, de su ansia de infinito y de sus raíces de tierra. Y por ello, como todo acontecimiento revelador, debe ser o aceptado o rechazado. Por más inadecuadas que sean las “mediaciones” en que se revela el “acontecimiento”, el “idealismo” radical y sin componendas y la descuidada ingenuidad, la ex-centricidad de quien sólo tiene un gran amor y su sentido de lo concreto son “signos” que no pueden impedirnos llegar a la experiencia de Francisco. *Poesía y evangelio*: cada ser sigue siendo su ser; cada ser comparte con el Hermano un estado de alma: la unión “re-ligiosa” de todo y con Dios, que cada ser expresa simbólica y realmente.

99

Estaba escrito que en la vida de Francisco todo tendría aire de romance y fantasía; pero con la profundidad de todo lo nuevo. Como la fuga nocturna de Clara, noble, joven y bella, y el cortejo de pobres desarrapados que, con Francisco al frente, reciben su consagración con fe simple y total, la única capaz de lo generoso y lo imprevisible. Como el espectáculo de Francisco horas antes de morir que, con sus frailes, se da el capricho de saborear los pastelillos a que le había aficionado la noble “fray” Jacoba. Clara nos da la clave de Francisco: “Gracias, mi Dios, por haberme creado”, exclama al morir. ¡Magnífica libertad y madurez de estos pobrecillos hijos de Dios!

La alegría y cortesía con que Francisco saluda a “la hermana Muerte” es mucho más que un gesto de hombría estoica, como fue el de Freud; le brota de su vinculación con la vida, con la naturaleza, con los hombres y con Dios, raíz que todo lo vivifica. Que “nadie, como dice en el *Cántico*, puede escapar a la muerte” no es una trage-

dia para el Pobrecillo, sino un drama cuyo desenlace es la Vida. Francisco compone su poema en un "no morir muriendo" (S. Buenaventura), cuando el "Señor le cercioró de su Reino" (Celano). Para quien confía, no tiene objeto desesperar ante lo que nos sobrepasa, pero que depende de la Misericordia. El Hermano oye a las criaturas existir-con él, aunque no ve; y como un niño, muere abrazando, desnudo, a la desnuda "hermana madre Tierra".

Si se hubiera preguntado a Francisco cómo pudo armonizar ascetismo y alegría vital, fidelidad y sumisión a la Iglesia y viva conciencia de su novedad, Altísimo y humildad, podría haber contestado: hablando un *lenguaje religioso y evangélico*. Para que la "Buena Nueva" sea revelación alegre, vital y liberadora, hay que aceptarla como "buena noticia", sin quitarle nada de su misteriosa y realísima bienaventuranza: Dios nos ama y todo lo hace amable.

100

Francisco hizo una "apuesta" radical: todo por el evangelio y el amor, la hermandad y la vida, por Cristo pobre y crucificado y por una vida cristiana de hermandad sostenida en la pobreza y humildad. No puede escribirse sobre Francisco sin identificarse con su espíritu y sin sumergirse en su personal aventura. Lo que es imposible sin una radical *inversión de valores*, categorías y actitud, a nivel de lenguaje y a nivel de cambio de vida. Primeramente, hay que *devolver a las palabras su sentido nativo*: "nuevo", "hermandad", "pobreza y humildad", "radical" . . . han de entenderse como superlativos, como "desmesura". Ya que el poeta y creyente cristiano que es Francisco "dice" ingenuidad alarmante, idealismo explosivo y sin atenuantes, libertad casi imposible y sin convencionalismos, cortesía desnuda y cálida.

En segundo lugar, necesitamos un doble virage: hacia la *ingenuidad* y hacia la *profundidad sapiencial*. "Amar es decir a alguien: es bueno que tú existas"; conocer es "tomar cuidadosamente" y agrupar, unos con otros, los ele-

mentos que se nos brindan con una absoluta falta de 'lógica'. "Como niños", incapaces de medir la utilidad de un bosque, y abiertos a la vida de cada brizna de yerba. Francisco dice: "cuidar"; verbo materno, de ternura y fortaleza, de dedicar o consagrar —en sentido bíblico—: reservar tiempo y persona para otro; como hace la madre, como hace Dios.

El lenguaje de Francisco está cargado de *simbología arquetípica*. No es un intelectual. Evangelio y corazón le guiaron frente a los problemas fundamentales de su vida. La *humildad* le hizo libre y fuerte; humildad que es belleza interior, serenidad y fineza, tenacidad y flexibilidad de acero o de pasión maternal. La *pobreza* le maduró en la paz de la solidaridad: sin propiedad, sin afán de conquista sin nada que perder no hay campo para guerra; pero sólo cuando *el otro* entra en nuestra libertad existe la paz de la bondad; por el contrario, llenar la guerra de estandartes de desarrollo, ideologías, patrias, intereses superiores e incluso religiosos, es adulterar las palabras y camuflar intereses egoístas. Sólo la pobreza total conduce a la paz, la transparencia y la fraternización.

101

La misma persona de Francisco es profundamente "sacramental": creaba intuitivamente *gestos y acciones significativos*. Su misma experiencia de Dios y de Cristo se plasma en representación y teatralización "popular". El *Cántico del Hermano Sol* es la cumbre de su *poética celebración de la fe y la reconciliación*.

2. JUGLAR Y TROVADOR: UN CANTO A LA VIDA

Hermanos míos: Dios me llamó a caminar por la vía de la *simplicidad*... El Señor me dijo que quería hacer de mí un *nuevo loco* en el mundo, y el Señor no quiere llevarme por otra sabiduría que ésta. (LP 18).

Tragicómico es el encuentro de Francisco, identificándose como "Heraldo del Gran rey", y los ladrones, que se

burlan, le roban su miserable tabardo y lo arrojan desnudo a un hoyo de nieve, tomándole por *loco*. Con una sonrisa, sin agresividad, Francisco, “reventando de gozo, siguió proclamando a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas”, narra Celano.

“Me gustaría que la Orden de Hermanos Menores se transformara en Orden de Hermanos Juglares. Somos juglares de Dios, y la única recompensa que pedimos es que todos vivan en el amor. ¿No son los servidores de Dios Juglares destinados a levantar los corazones de los humildes y llevarlos a la alegría?”. Joven, Francisco fue indiscutido “rey de las fiestas”, *trovador*. Convertido, da un salto mortal, y cae de pie y *juglar*; y juglares llamará a sus compañeros de aventura evangélica. Y su vida se puebla de *gestos* dramáticos, acrobáticos, provocativos: ante el Obispo, frente a todo el mundo, devuelve a su padre todo y queda desnudo y provocativamente libre: “Ya no me queda otro padre que el Padre nuestro que está en los cielos”. Con gozo infantil reparte dispendiosamente todos los bienes de su primer seguidor y compañero, Bernardo de Quintavalle; sólo después se preguntan por el camino a seguir. Con osadía impertinente Francisco quiere ser un “mártir” que de testimonio a los cristianos y que ofrezca amistad a los paganos, y así se presenta a los Cruzados y ante el Sultán, que combaten cerca de Damietta. Y como un niño, desnudo, se abrazará a la tierra para morirse.

102

“Francisco recorrió el mundo como Perdón de Dios”, escribía Chesterton. *Libre y feliz* en una especie de “locura” que es *éxodo* y *asombro*: la admiración es el pórtico del amor. Así encontró a los leprosos y mendigos, a Dios y a la naturaleza. “Dios mío, mi todo”, es oración y encuentro, admiración y gratitud, veneración y aceptación gozosa del Altísimo y de los humildes: los pobres, los pequeños, lo insignificante. Es dejarse inundar de las palpitaciones del mundo, de la bondad del Altísimo, y de la ternura hacia los hombres. De ese lado, “no hay nada que hacer”, pues no es cuestión de hacer, sino de contemplar y agradecer,

de estar-con y ocuparse de recibir el sol y la lluvia, la noche y la tierra, oír la misteriosa voz de todo lo que ES. Francisco lo entendió: ser pobre es sentir-con la necesidad de los seres. “Los hermanos ladrones tienen hambre de cariño; la violencia no la engendra el violentado y marginado, sino el opresor injusto. Tengo un lugar preferido en el corazón para los pobres, leprosos, ladrones, mendigos de los caminos”.

Los *poetas provenzales* inauguraban, en tiempo de Francisco, una civilización rival de “la de París”: la de los *trovadores*, poetas, cultores del “amor cortés”, apasionados por un “exceso de espiritualidad” que bordea los extremos, y cuyas damas son menos ideales de lo que se piensa. Francisco habla *lenguaje de trovador*, de *amante*, y su Dama Pobreza no tiene nada de ‘ideal’: se hizo pobre con los pobres y como Cristo, para mostrarles que son los privilegiados de la solidaridad de Dios. Cuando escucha el Evangelio: “Vayan a todo el mundo. No lleven dinero. Vivan de su trabajo. Digan: Paz a esta casa”, Francisco experimentó la misma fascinación de un enamorado: en pie, brillantes los ojos, como llamas sus manos, con una túnica rota ceñida con una cuerda, fue al encuentro de los hombres y del mundo; no quedaba nada más que ese centro único de atracción.

103

Pero él quiere ser “*juglar, acróbata de Dios*”: sin el empaque del trovador que compone y canta “caballerosamente”, el juglar es “poeta de tono menor”, humorista y payaso, siervo e insignificante; eso mismo le permite una libertad casi total: la seriedad y el humor se tocan. La seriedad evangélica de Francisco tiene el frescor ligero, el encanto, la cortesía y finura, la sonrisa y el humor de un buen juglar.

El *Cántico* se gestó en el monte Alverna, salvaje, agreste, escarpado, de peligrosos ascensos y bajadas. Sólo un juglar puede vivir allí en oración y soledad; sólo un acróbata puede caminar al filo de la roca sobre las simas. El cuer-

po se hace dócil al espíritu, se aligera y purifica, se asocian, sin artificios, en la sobriedad de un impulso único, simplificados los deseos y con la pobreza de sólo lo esencial. Cuando alguien ha vivido todas las intemperies saborea el calor de un techo; y siente la propia vida temblando como flor silvestre al borde del abismo. Pendiente de la misericordia del Señor, no hay temor; se es.

El *Cántico* es, sobre todo, confesión de una vida madurada arduamente. Como si Francisco viera el mundo de cabeza, invertido, a una luz nueva: cada cosa está en el mismo sitio, pero con la precariedad de lo "pendiente de" la ternura y preocupación de Dios. La extraña actitud de Francisco se convierte en visión de un *mundo natural nuevo*: todo, incluso la palabra "loco", tiene luz y sentido nuevos. Pero si queremos dar con la clave, tendremos que admitir: primero, que es una actitud de *amante*, capaz de los extremos más aparentemente contradictorios. Francisco, después de "dar un beso a un leproso", confiesa: "lo que antes me era insoportable, se me cambió en dulzura de cuerpo y espíritu", y "poco después me aparté del mundo", es decir: me hice "loco", juglar, bufón de Dios. En segundo lugar: Francisco siempre *lo quiere TODO*, pues *todo vale la pena*. No es un 'ideal' que hay que hacer, sino un estilo de ser: "bajo la guía de Dios solo", echar a andar libre y pobre, sin calcular el mañana, confiando en las personas, leyendo el Evangelio al aire libre o bajo la lluvia. Es la *auténtica protesta*: expresar una intención en obra, saberse enviado no a predicar sino a vivir; la verdad no debe lucharse, sino hacerse.

104

Ver todo "pendiente de Dios" no cambia la imagen de la realidad, pero nos la hace ver de otro modo: débil, humilde, pero protegida. De este modo, se puede "amar más" las cosas y, a la vez, agradecer al Buen Dios que no deja 'caer' este mundo nuestro. Todo es entrañable y sencillo en el *Cántico*: agradecimiento al Altísimo, reconocimiento de todo lo que es y del hombre conciliador, amor a cada ser y cada detalle. Como *creyente*, Francisco experimentó

la paternidad “maternal” de Dios; como *poeta* escucha el mensaje trascendente y “sacramental” que nos transmiten los seres; como *pobre*, vive en el mundo como en Casa del Padre: encontrando hermanos, intimando, confiando, sin temor a enemigos, asistiendo al nacimiento de las cosas. Vivir un *hogar común* y *hacerse hermano*. Quien ve el mundo pendiente de la misericordia de Dios lo ha visto de verdad, y conoce lo que es gratitud y cuidado, gratuidad y pobreza, libertad y hermandad, y el no afán de dominar ni poseer.

Los ciudadanos de Asís advirtieron pronto “la nueva locura”: incrédulos primero, admirados luego de la radical y duradera transformación de Francisco, asustados al fin cuando la “aventura” ganó a lo mejor de la juventud —hombres y mujeres—; no fue cansarse de dar limosna para quienes, siendo ricos, lo dieron todo a los pobres (que, decían, seguían igual de pobres). Se rebelaban contra una “subversión” peligrosa para el orden establecido, para el sentido común y para el futuro comercial de la ciudad. Para Francisco, por el contrario, nada importa sino “un corazón puro y simple”, abierto por encima de sí, interesado por lo único vital de la vida: la paz, la alegría, *el encuentro* con los necesitados todos, con Dios y con el mundo de Dios.

105

La clave es *amor*. No la simplificación a que se le reduce. Sino el amor que implica “deuda, dependencia, gratitud” inacabables. Un hombre puede sentir la magnanimidad de la renuncia generosa; pero sólo el “primer amor” sabe el gozo vigoroso de la gratuidad y la gratitud, de la libertad y la renuncia, de dar y llenarse, de ser deudor “porque no se es obligado”. Francisco se sumerge con pasión en la pobreza de los pobres, en la humildad de las criaturas, en la con-descendencia del Altísimo. Y sabe la libertad y la dependencia de todo amor único, vital, totalizador.

En 1979, Juan Pablo II designaba a San Francisco “patrono de los ecologistas”. El ha dejado en herencia a los

suyos “el amor a la naturaleza, la capacidad de interpretar en los corazones y en las cosas el lenguaje del amor y del dolor, y el secreto de convertir la lengua vulgar en vehículo de belleza” (L. Iriarte). Pero Francisco no fue un ecologista ni un “amante de LA naturaleza”; amó a cada persona y cosa individualmente y de un modo total; cada vez, inesperadamente, pero siempre en forma apropiada. No amaba “en general” ni a un “conglomerado de cosas”; veía y amaba en singular, fraternalmente. Francisco fue un místico, no un mixtificador; un realista, no un nominalista; un poeta siempre a punto de descubrir algo alarmante, llamativo, excesivo y ‘sagrado’ en cada ser individual. Tuvo un don que pocos poseen: “llevar a todos los seres a un bello desenlace”.

106

Se ha dicho del *movimiento ecologista* o ambientalista que, pese a su poder movilizador, no es un poder de transformación social. Marchas en pro de la reserva forestal o contra la polución ambiental; y también utilización ideológica del movimiento por el poder establecido: atraer a sus términos a contestatarios incómodos. Poner límites a la apropiación de recursos, limitar el uso de los bienes y beneficiar a los necesitados, humanizar el consumo, eliminar injusto dominio y despilfarro de pocos, alimentar a muchos es la vía para dignificar la naturaleza y humanizar la vida de millones de hombres. No hay otro *amor: vivir en función de la necesidad del otro*. Francisco ama, con-vive el mundo, com-parte hermanándose. Cuando canta al “señor hermano Sol” y a la “hermana madre Tierra” no hace “sentida y sencilla poética”, sino una diferenciación afectiva: el hermano Fuego es “bello y alegre, robusto y fuerte”; la hermana Agua es “útil y humilde, preciosa y casta”.

Sentido popular y hermandad no son camaradería o paseo utópico por un mundo mágico de pajarillos y lobos domesticados. Para Francisco “la *cortesía* es uno de los más bellos atributos de Dios”, es hermana de la caridad y produce cordialidad, ternura y cuidado. Cuando el Hermano

apela a los hombres y a las criaturas lo hace con *respeto*, *deferencia*, cortesía; amando a cada uno en su singularidad y como a imágenes multiplicadas, pero jamás monótonas ni repetidas, del Altísimo. Quien se encontró con el Pobrecillo, príncipe o mendigo, musulmán o Papa, sabía que Francisco *se interesaba por él* en particular, que era estimado por sí mismo, que no era un nombre en una lista de beneficencia o de un programa social. Cordialidad, respeto, cuidado, ternura y convivialidad hacen la verdad en la relación interhumana: sólo un *amor respetuoso* puede devolver al hombre caído el respeto de sí mismo y la confianza de poder hablar a los demás como a iguales. Francisco lo dio todo dándose él; y lo hizo con un ademán natural de excusarse frente al necesitado.

Existen experiencias humanas —la fe, el amor— que sólo pueden interpretarse desde experiencias similares; las ideas se tienen, se producen, se tratan y hasta se liquidan en mercados de rebaja —dice Kierkegaard—, mientras que las experiencias nos tienen y sostienen a nosotros; no se vive de ideas, aunque con ellas hacemos muchas cosas; con el amor y la fe “no se hace nada”, se vive.

107

Una *lectura estructural* del *Cántico* nos revelaría una *clave poética*: de impulso comunitario con la naturaleza y de asunción de las propias humildes raíces, y una *clave mística*: de sentido de Transcendencia (Altísimo), de Inmanencia (“De Ti, Altísimo, toman significación”) y de Transparencia (Porque son buenas). Nos habríamos acercado a *actitudes-base* de Francisco: contemplar, comunión, humilde restitución. Es, sin duda, su peculiaridad: Francisco “inventa” en la Iglesia, como esencial en ella, no el administrar, sino el *celebrar*. También la *estructura* del *Cántico* es simple, y puede fijarse así:

- 1) Contemplación y reconocimiento: estr. 1-2;
 - 2) Comunión y celebración “con” la naturaleza y los hombres: estr. 3-9 y 10-13;
-

3) Reconocimiento y gratitud humilde: estr. 14.

Pero tenemos la impresión de no decir nada realmente, o de haber intentado lo imposible: encerrar en una caja la vida y la luz. Cada interrogante: por qué esos elementos cósmicos, esas imágenes arquetípicas, esos pares masculino-femenino, el nombre de hermano y hermana..., son otros tantos espacios abiertos. Y la respuesta es simple: *“toda belleza amada es un estado de alma”*. Los calificativos empleados nos revelan las *predilecciones* de Francisco: “Altísimo” —repetido cuatro veces— y “humildad”, primera y última palabra del *Cántico*; “bello y radiante” Sol, “bellas y preciosas” Luna y estrellas, “humilde, preciosa y casta” Agua, “bello y alegre y robusto y fuerte” Fuego, “maternal” Tierra, nos desnudan a Francisco hermano e hijo, pobre y alegre, humilde y cortés. Y como expresaba Heidegger: “Todo lo que es verdadero y auténtico no llega a su madurez sino a condición de que el hombre esté disponible a la llamada del cielo más alto, pero permaneciendo al mismo tiempo bajo la protección de la Tierra que lo lleva y sustenta”.

108

Pero es la *poética de la salvación* la que confiere al *Cántico* su unidad profunda y plenificante. Francisco nos devela en él las claves del acontecimiento de la reconciliación liberadora: la *pobreza* o “ley de gravedad de la encarnación” y el *bien* o “ley de gravedad del Espíritu”. El “Altísimo”, Todo Bien, con-desciende y se hace pobre para enriquecernos con su pobreza. Nuestra “humildad” convierte nuestra pobreza en camino de reconciliación por la solidaridad con el pobre y la comunión con todo lo que es. La bondad se hace así liberadora.

Por este camino llega Francisco a la *dimensión antropológica* de todo verdadero “clasicismo”: la unificación en una misma experiencia de las dimensiones poética, personal, cósmica y teológica de la existencia humana; y, por ende, a la correcta relación con los otros, con el mundo y

con Dios. El *Cántico* es simplicidad y concentración expresivas; Francisco es pobre y fraterno.

En Francisco, cada gesto y cada palabra son, como el *Cántico*, expresión totalizadora de su vida. Su intuición-base es: sólo en la *con-descendencia* la *transcendencia* o aspiración más alta se hace *transparencia* o comunión reveladora. Si Francisco no hubiera equilibrado la "hybris" religiosa de su conciencia de misión singular con el reconocimiento de su "pequeñez de-pendiente" de la misericordia gratuita de Dios, diríamos que estamos ante una manifestación patológica. Pero en Francisco encontramos un *cristiano genial*, de humanidad seductora, de ternura fascinante y de fe incondicional, que nos devela lo más válido de nuestra humanidad.

"Toda desesperanza viene de apoyarse uno en sólo sí mismo, de fijarse en sí, para desconfiar o confiar; la esperanza, por el contrario, es *éxodo*, "pascua", mirada al Otro". Al establecer el contacto entre el "Altísimo" —¿Quién eres Tú?— y la "criatura humilde y poblada de bien" —¿Y quién soy yo?—, Francisco saltó al cielo de la esperanza, con gozo y con todas las criaturas. Es la doble faceta que nos hace tan humano y próximo al Pobrecillo: *su entrega al Señor y al evangelio*; ninguna 'verdad' está por sobre el amor; la teología misma es servidora humilde del creyente, del pueblo de Dios, del encuentro salvífico. Y su *simplicidad, calidez y bondad* a todos; es lo que todos anhelamos encontrar; liberar nuestro mundo —diría el Hermano— de la violencia de la injusticia, la miseria, la opresión estructural, es obra, no tecnopolítica ni de trabajador social a sueldo, sino de *amor práctico y sincero*: atender sin prisas, acoger con amabilidad no fingida, no exigir a nadie más de lo que puede, estar a disposición del otro.

109

Nuestro mundo ha sido descrito por muchos y en tonos negros. "El hombre actual es como un dinosaurio, que vive con el máximo de técnica y un mínimo de ética" (A. Koestler), con un desfase de cuatro siglos entre desarrollo

científico-tecnológico y desarrollo humanístico (Toynbee), por lo que vivimos con perfección de medios, pero con fines errados (Einstein): el mayor peligro del hombre no es la bomba atómica, sino el corazón humano. “Nuestra sobrevivencia física depende de un cambio radical del corazón” (E. Fromm), y la alternativa no es una sociedad pensada a partir de la economía, sino una economía pensada a partir de las personas (Schumacher).

Asistimos, de un lado, al retorno de Dionysos, preconizado por F. Nietzsche: la exaltación, participación y embriaguez rigiendo las relaciones hombre-naturaleza con el afán de “evadirse para salvarse huyendo de sí mismo” (J. Brun) y en un mundo deteriorado y en desamparo planetario. La *alternativa humana* para muchos es el Hermano Francisco de Asís: él ha devuelto a la naturaleza su propia categoría y la ha hecho inter-locutora de los hombres (W. T. Hooft), confraternizado y reconciliando a los hombres consigo mismos y con los demás, asumiendo lo humilde y el propio destino transcendente.

110

El hombre no sólo ve, sino que interpreta la realidad. La *clave* interpretativa “última” de Francisco es *religiosa*: *descubrir* en cada ser singular la trans-cendencia, hermanarse afirmando la ‘sacralidad’ de las criaturas, recordar la encarnación de Cristo pobre y crucificado, y experimentar el mundo como “campo y tiempo de Dios” y de la salvación. Es otro modo de ser-en-el-mundo: estar-con, sentir-con, cantar-con la necesidad y humildad de los seres, en un mundo con ‘personalidad’ misteriosa y real, dejando que las cosas sean su ser original. Es, pues, una cosmovisión realista y creyente hecha de bondad liberadora.

3. ALTÍSIMO, OMNIPOTENTE, BUEN SEÑOR

Vuelve tu mirada a Dios. Regocíjate de lo que El es, la bondad. Dale gracias por El mismo. Eso es tener *corazón puro*. Entonces no vuelvas sobre tí

mismo, no preguntes dónde estás respecto de Dios; la tristeza de no ser perfecto es un sentimiento demasiado egoísta aún. Eleva tu mirada más arriba, hacia 'lo más alto'. Allí está Dios. Y tu corazón será *despojando* y *colmado*. Basta Dios; es nuestra paz y perfección.

“Altísimo” y “humildad”, primera y última palabras del *Cántico del Hermano Sol*, ponen marco y clave al mismo. “Altísimo”, repetida cuatro veces, concentra el todo para Francisco, como reitera en varios de sus *Escritos*: “Omnipotente, santísimo y altísimo y sumo BIEN, total BIEN y que sólo eres BUENO a Ti tributemos toda alabanza...”. Y es la BONDAD lo que hace a “Dios digno de ser Dios”, y siembra de significación, valor, dignidad y vida a todo lo que ES. La “humildad” es el justo lugar de encuentro de Dios con-descendiente y de las criaturas reconciliadas gratuitamente con El. Por eso mismo, *celebrar* es la máxima actividad del hombre; Francisco no acostumbra hablar “de” sino “hablar A” Dios.

111

“El hombre que quiera creer en Dios debe saber que no dispone de nada propio en que fundar su fe, que está suspendido en el vacío. Tiene las manos vacías” —escribe Bultmann—. Francisco sabe de las manos pobres y vacías disponibles a recibir a Dios y a los demás. Tras la interrogante: “¿Quién eres Tú y quién soy yo?”, que Francisco repite como alguien que navega en el inmenso mar de la Presencia, hay una experiencia de *vértigo*: la experiencia de la “distancia terriblemente presente” de Dios, lejanía y proximidad, transcendencia y humanidad, transparencia; Dios, realidad admirable y misteriosa, avasalladora y quemante, liberadora. Francisco, sumido en la fascinación y el vértigo, el asombro y el anonadamiento, y “un casi nada”, balbucea: “Dios mío, mi todo”. Amor y Gracia tienden el puente entre “Altísimo y humildad”. Realmente sólo queda esto: *Dios es*. Todo se hace presente, participado, pleno para Francisco, en una especie de “embriaguez telúrica”. Juglar de Dios y trovador cor-

tés de lo humilde, Francisco experimenta el *amor*: cautivado, fuera de sí, volcado hacia el otro.

El Pobrecillo no se confunde con Dios ni a Dios con los seres. Su gozo es "ser EN Dios", dependiendo de El, afirmado en El. No hay espacio para la "acción", ni distancia, ni sagrado o profano; hay el Inmenso Bueno y hay las hermanas criaturas; de horizonte a horizonte, el Pobrecillo avanza libre y en sin-tonía con todo, implicado, comprometido, hermanado con todos en Dios. Saluda cortés a la "hermana Muerte" porque ama la Vida; y al señor hermano Sol porque ama la Luz; e integra en su personalidad lo negativo porque puede apelar a la ternura y solidaridad de Dios en Cristo. El de Francisco es un *cristianismo radiante, solar, vital*; de celebración y de reconciliación con Dios, con lo existente y con 'lo negativo' de sí mismo.

112

Leclerc estudia profundamente esas tres dimensiones de la poética del *Cántico*: *cósmica, antropológica y religiosa*. Y es la *bondad* la explicación última de todo: la BONDAD que es Dios, el cual hace de la creación algo radicalmente *bueno*, y que existe en lo más hondo de todo corazón de hombre. Para Francisco, celebrar la bondad es lo mismo que amar sin límites; y amar significa celebrar o hacer presente la bondad. Más aún: la bondad se hace, en Francisco, pobreza y desapropiación personal, y camino de liberación de lo mejor de cada hombre a fin de que pueda ser su mejor ser. Así *re-conoce* al "Altísimo", le "restituye" toda su creación, y le "agradece" la reconciliación de todo con Dios en Cristo.

Como ha escrito Lippert, hay algo en Francisco que pertenece a todo el mundo; es intérprete privilegiado del esplendor del hombre y de su tragedia. Arrancando de la "ambición más Alta", la contemplación del Altísimo, confesándose indigno de "nombrarle" dignamente, y descendiendo a las raíces de su "arqueología", el Hermano se mantiene "abierto a la voz del cielo y bien enraizado en el suelo" humano. Nada extraño, pues, que el *Cántico* concluya

con la alabanza al perdón, la *vida* y la *paz*: el Altísimo, que coronará a quienes perdonan, y a quienes hacen y viven la paz, es el Señor de la bondad y el amor, la ternura y la misericordia, la solidaridad y la humilde encarnación, la Buena noticia de salvación y de la Vida. Y Francisco exclama alegremente: “Dios es realmente digno de ser Dios”.

Francisco no contempla una Transcendencia lejana y ‘racional’, sino al Dios que se nos hace prójimo y liberador en Jesucristo. Amor y humildad son inseparables. La veneración es admiración saboreada, entrega ilimitada, gozo abierto en el reconocimiento del otro. La admiración libera al Hermano de sí mismo, le hace cantar, le reconcilia con todos los seres y, despreocupado de sí, le colma de la certeza apaciguadora de la bondad de Dios, el Altísimo y Buen Señor.

El *Cántico* no menciona a Jesucristo, Evangelio de Dios a los hombres y a la creación. Sin embargo, todo el movimiento del mismo es el de un alma que renuncia a igualarse al Altísimo, que se sitúa entre lo más pobre y humillado, que confraterniza para dar vida, como Jesucristo (*Fil. 2, 6-11*) y “siguiendo las huellas de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y por sola tu gracia lleguemos a Ti, oh Altísimo”.

113

4. LOADO, SEÑOR, CON MI SEÑOR HERMANO SOL

Amar una imagen es alumbrar un amor (Bachelard). La Luna y las Estrellas revelan en medio de la Noche, lo que habita en mi corazón (Goethe).

Lo repetimos: Francisco desnuda, a un nivel religioso, sus propias *predilecciones* en sus imágenes y nos lleva a confraternizar con las “hermanas criaturas”: el Sol bello y radiante, vital y alto; y la fecunda madre Tierra; con la

Luna clara, preciosa, bella; y con el Agua preciosa, casta, humilde y útil. Notémoslo: no son cualidades de lo práctico-rentable, sino "*valores de interior*", de cada ser en su propia luz. Es su originalidad: Francisco no rebaja a la criatura ni la pone de peldaño para llegar al Altísimo; ni confunde al Altísimo que con-desciende con lo humilde. Francisco *afirma, celebra, agradece* la vida y cada cosa como las recibimos de las manos "maternales" de Dios; y las *asume* en su humildad y en su aspiración, como las asume Dios en la *encarnación*, en Jesucristo. Cuando Francisco opta, para sí y sus compañeros, una "forma de vida", no necesita más que el Evangelio: una experiencia de Dios en el mundo, en medio de los hombres, con los pobres y marginados, y entre las criaturas. El *Cántico* muestra el sentido nuevo de una "oración" en contacto con la vida y con las gentes, "en" Dios.

114

Confraternizar equivale a conocer profundamente cada ser en su individualidad y luz, y a autoexpresarse en las propias predilecciones. No es "sabiendo" desde fuera, dividiendo o manipulando utilitariamente, sino "revistiendo el ser de cada cosa con el dinamismo del propio corazón" de energía vital, creatividad e irradiación comunicativa, como se re-conoce-n las cosas. Se las coloca, así en una constelación totalizadora cuyo centro es Dios, el Altísimo, del cual todo, hasta lo más humilde, recibe ser y sentido. El trato de Francisco a las criaturas es de respeto, veneración, admiración y acogida. Sólo puede "saborear" el mundo, sin desnaturalizarlo, el pobre que renuncia a la posesión sobre él mismo. Francisco y sus compañeros descubren la auténtica "*naturalidad*" en la pobreza radical que los deja en la in-seguridad y pendientes de la gratuidad divina, y los hace agradecidos y, por ende, condescendientes, reconciliadores y pacificadores, fraternos.

Es notorio el emparejamiento que Francisco hace de los elementos. Sol-Luna, Viento-Agua, Fuego-Tierra. Y la *valoración* diferenciada que ofrece el *Cántico*: más "viril" una, acentuando lo expansivo, irradiador, dinámico y vigoroso

del Sol-Viento-Fuego; más “femenina” la otra, destacando intimismo, fecundidad, apertura y donación de Luna-Agua-Tierra. Pero Francisco acoge y se reconcilia con todas las criaturas y lo que ellas simbolizan, en una rica sensibilidad espiritual, humana y estética, que muchos han malinterpretado “romántico-sentimentaloidemente”. De otro lado, ello nos explica la honda complementariedad espiritual de Francisco y Clara, máxima realización del “ideal totalizador” del primero. En el alma del Pobrecillo destacan siluetas de mujeres admirables: su madre Pica, la Hermana Clara, “fray” Jacoba, llenas de *ternura y fortaleza*, capaces de sostener el mundo —y a Francisco— en sus manos y sin dramatismos, simple y silenciosamente. Impresiona la frecuencia con que Francisco evoca la figura “maternal” en sus *Escritos*: “Cada uno debe *cuidar y amar* a su hermano como una madre a su hijo”; son verbos “maternos”, y “divinos”, y de la “hermana madre Tierra”, y “humanos”; y dicen: fuerza y dulzura, profundidad y amanecer.

115

Amor (=eros) y *sexo* se relacionan; no se identifican. Sexo es estímulo y respuesta, pero su finalidad es la *gratificación*. Amor-eros es un “estado de ser”, el ansia de comunicación y expansión, y se expresa esencialmente en amor oblativo de la entrega alegre y desinteresada por la persona amada. Amor es impulso hacia lo alto, lo bello, lo cabalmente humano.

Nada de esto es indiferente. El Hermano Sol “lleva noticia del Altísimo”, de lo luminoso y vital, derramado sobre el mundo benéficamente; la Luna y el Agua son “preciosas”, como una mujer amada, un tesoro y... la Eucaristía, sacramento de la entrega humilde y plena de nuestro Dios. “Las cosas son lenguaje de lo sagrado”: el pan de la Eucaristía y el pan del pobre se comparten; el agua y la sed de justicia animan la esperanza de la tierra. Para Francisco y para los “niños”, pobreza y desnudez, reconocimiento y naturalidad son estados del alma, no de los ojos de la cara, y lenguaje para la vida y el realismo de lo misterioso.

El hombre está tocado de trans-cendencia y abierto a la grandeza ilimitada. Es su grandeza. Y su tragedia: vivir esa aspiración como “conquista”, posesivamente, es la angustia de Sísifo y Prometeo; y la del “romanticismo” atrapado en una libertad vacía y, por lo mismo, desesperanzada. El hombre sólo se expresa a cabalidad saliendo de sí y abriéndose al Otro y a los otros; es, a la vez, auto-pástico, ex-céntrico y abierto a la transcendencia; es *realidad y posibilidades*. Para Francisco, la “aspiración infinita” sólo crece sobre la “desapropiación y restitución”, *la pobreza*. Salir de sí, volverse a los demás, vivir en función de la necesidad del otro significa *hacerse hermano y servidor*. Se ama así al hijo, al amante, a un amigo excepcional; amar a cada persona y a cada criatura en este grado es posible cuando se *asume la pobreza como fraternalidad*. Los pobres son, entonces, los preferidos.

116

Francisco se abrió a las criaturas; las acogió con ternura y admiración. Ellas, en respuesta, le revelan la totalidad del hombre y de su misterio. “Hermano Viento” significa: “hay alguien en el Viento”. Goethe exclama: “Alma del hombre, ¡cómo te pareces al Agua! Destino del hombre, ¡cómo te pareces al Viento!”. Francisco *siente-con* la libertad y la desnudez del Viento. Lo “sagrado del alma”, las “imágenes bíblicas” y la “materia preciosa de los sacramentos” cristianos, amplían la poética de Francisco. Su lenguaje, empero, es siempre el de *un amante*, y así habla al Fuego, pidiéndole “sea cortés con él, para que yo pueda soportar tu ardor mientras me cauterizas suavemente” —le dice, mientras el médico le cauteriza las sienes con un hierro candente—.

Cantar a la “Hermana madre Tierra” y a la “la Hermana Muerte” son dos momentos cumbre de reconciliación con lo natural, lo humano y lo sobre-natural, con *lo “arcaico” del hombre*: de la tierra, de la familia humana, de Dios, vienen nuestros orígenes. Si toda la vida de Francisco es “un encuentro mortal con Dios”, su muerte es “una experiencia de la tierra y de la vida”: como un niño regre-

sando confiado al seno cálido del comienzo, muere abrazado al suelo y cantando: "Bienaventurados los que perdonan". Es una constante en la historia de los grandes espíritus: tras una *experiencia espiritual muy fuerte*, las palabras son insuficientes y se acude a las *alegorías*, al balbuceo del "un no sé qué" de lo inefable y del amor.

5. EL GOZO DE LA SALVACION: "EN CRISTO"

El santísimo Padre del cielo, nuestro rey desde el origen, *envió de lo alto* a su bienamado Hijo; hizo la obra de la *salvación en medio de la Tierra*.

Así celebra Francisco en su *Oficio de la Pasión* (7, 3-5) el encuentro del Altísimo con la humildad de la Tierra para la salvación de todo en Cristo. El hombre busca al Altísimo, y lo halla en el mundo afirmado en su ser y como lugar de salvación. Dios con-siente con el mundo, que no es campo de conquistas ni aniquilación, sino de celebración e historia de salvación. Dios se revela y entrega a través del Hijo pobre, humilde y crucificado; no hay que buscarlo "en otro mundo"; Dios es digno de ser Dios porque puede negarse a sí mismo y hacerse carne en amor gratuito y gratificante.

117

"No puede haber armonía con Dios ni con la Tierra si existe discordancia con los hermanos hombres. La tarea humana de cada día es la re-conciliación". Francisco echó a andar desde la "periferia" hacia el centro; en la periferia, con los pobres, se puso, abandonándolo todo; desde allí pidió "la conversión" a todos. La periferia tiene un innegable privilegio teológico: allí nació Jesucristo, el Hijo hecho carne de nuestra humildad y fragilidad.

No está en juego una "visión científica del cosmos", sino una *visión del hombre*. Aunque nuestra época se muestra orgullosa de su tecno-ciencia, Marcuse lamentaba la "anonimia colectiva" y la unidimensionalidad del hombre pro-

ductivo-consumista actual, y E. Fromm acusa al hombre actual de “miedo a la libertad”. La depredación de la naturaleza, el consumismo y la irracionalidad del gasto, la distribución injusta de la riqueza son, realmente, antihumanos; ni la evolución tecno-científica ni las revoluciones socio-políticas han dado solución a *escala humana*, ni siquiera en las situaciones-límite de millones de personas. Hay quien piensa que la “respuesta” sólo vendrá por vía de “sentido común” y de “autenticidad”. El *Hermano Francisco* ofrece la respuesta alternativa que sólo tangencialmente apuntan otros: la *re-conciliación* de los hombres consigo mismos, con los otros, con todas las criaturas y con Dios, que ha venido a nuestro encuentro en Cristo, el Liberador. Un *cristianismo humanitario*.

118

El *Cántico* nos revela que el mundo no es para Francisco, como sí lo es para el romanticismo, un simple decorado o espejo del yo; la Transcendencia del Altísimo y la Inmanencia del Encarnado en la *Transparencia del mundo* y en la *Historicidad del hombre* garantizan la identidad singular y la comunión de todos los seres. Francisco no pertenece a ningún “partido”, sino a la *transcendencia*, a la *re-conciliación*, y, por ende, a la simplicidad y fuerza espiritual de una vida asumida en totalidad y vivida apasionadamente.

El *amor humanitario* de Francisco es un *amor cristiano*; su antropología es teología y cristología. “La razón de la sinrazón del amor es la *gratuidad*” de Dios que nos amó ilimitada y desinteresadamente en Cristo. La *benevolencia* es la corriente misteriosa que purifica los manantiales y siembra los espacios humanos de confraternidad: “si yo doy a luz un sentimiento bueno —diría el Pobrecillo—, toda la humanidad se eleva por sobre el suelo; si no cultivamos la hostilidad, ni siquiera contra los adversarios, no crecerá la injusticia; sobran cárceles donde hay amor”. Es, creo, la verdadera alternativa hoy: lo “natural” del hombre es que sea *sobre-natural*, que se sobrepase a sí mismo, que trascienda su yo-centrismo.

Las últimas estrofas del *Cántico* tienen al *hombre* como protagonista: en relación con el prójimo, “bienaventurados aquellos que perdonan y sufren en paz”; enfrentado al propio destino en el dolor y la *muerte*. Aunque Francisco deja constancia de los conflictos e infortunios, toma partido por *la paz y la esperanza* como “nueva vida” del hombre reconciliado en Cristo, el cual asumió nuestra humanidad y fragilidad y asumió las grandes “imágenes”: sol y luz, agua y vid, polvo y sepulcro; en Cristo que “hace que la salvación inaugurada en el ápice del alma penetre hasta las profundidades de la psique”, en expresión de Beirnaert.

Claudel, relacionando el *Cántico* con la experiencia del Alverna, ve a Francisco “una sola cosa paciente y redentora con Cristo”. Como apuntamos arriba, Cristo no es mencionado en el *Cántico*; pero éste no tendría sentido sin El. El *cristo-centrismo* no es para Francisco una teoría teológica, sino un amor, una experiencia totalizadora y una presencia: “Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del mismo Altísimo, sino el *cuerpo* y la *sangre, nombres y palabras por las que hemos sido hechos y redimidos de la muerte a la vida*” —escribe el Hermano en su *Carta a los Fieles*—.

119

Perdón y paz: dimensión esencial del amor para la reconciliación universal. El franciscano saludo evangélico: “El Señor te dé la paz” es inseparable del sentido y respeto del Hermano por la persona viva, individual, concreta; es decir, por *la calidad de ser este hombre*. El mismo Francisco confiesa en su *Testamento* que, aunque parezca lo contrario, no es él quien “salvó” a los leprosos y pobres, sino éstos los que lo evangelizaron a él.

Francisco hace del *humanismo* una *revolución del corazón*: no dejar camino para que la ira viva en el corazón, ni siquiera en nombre de banderas ‘santas’; no excluir a nadie, y luchar para incluir a todos los excluidos: pobres, ignorantes, enfermos, in-sociales; interesarse por la causa

humana de todos los marginados; brindar acogida plena y cristiana a todos "a escala humana". Como podría decir el Hermano: "El perdón es la gloria de la esperanza y del encuentro; es la flor de la pobreza y de la confianza en el otro; es el amor a escala humanizada. La gran aventura está en el corazón, comienza ahora y, como la vida, acaba nunca".

Yo estoy-con la necesidad entre las criaturas. Francisco no pretendió reformar nada, sino brindar reconciliación y paz. El Pobrecillo no sufre la muerte; la acoge e integra a su vida insertada en el misterio de Jesucristo: desasido de todo y vuelto a la vida de Dios en Cristo, Francisco vive la *re-conciliación* como *conversión* total a una *existencia nueva* centrada en Jesucristo y su causa: los pobres, sobre todo.

120

Amar la vida es creer en su valor y en el de todos los seres hasta en la muerte. En el *Cántico* lo esencial es que canta al Sol y a la Muerte a la vez. Amar, preocuparse de los demás, es lo que da a San Francisco su notable sentido de lo *real* y *concreto*: "el árbol no le deja ver el bosque"; su *lenguaje* tenía que ser *simbólico*, es decir, *más real*: no nos da objetos ni ideas, sino seres como el Agua, "humilde, útil, preciosa, casta"; su *sabiduría* es la *simplicidad* unificadora: las preferencias de Francisco son por lo humilde y sencillo, lo luminoso y claro, lo profundo y sincero.

La experiencia de *fraternidad* universal no es, para el Hermano, resultado de un raciocinio sobre la paternidad de Dios, sino una experiencia vital: *se identificó con los pobres*; ser pobre fue para él un "fulgor interior", un modo de ser y valorar la vida, los seres y la historia humana. Como ha escrito Leclerc: nos hallamos ante un caso único de *espiritualización de la vida* y de *vitalización del espíritu*.

Francisco, *el hombre de la paz*, tocó la herida viva de la humanidad: *toda propiedad es potencialmente violenta*.

Scheller ha escrito de Francisco que logró “la realización de la síntesis entre mística amorosa acósmica...y fusión cosmo-vital con el ser y la vida de la naturaleza”. El Pobrecillo lo entendería mejor si dijésemos: “una existencia pacificada es posible en la convicción viva de que *cultivar* la tierra, la amistad y la gratitud, o no cultivarlas, son hechos *cualitativamente* opuestos”. En este sentido, “lo maravilloso” tiene auténtico valor de protesta y, a la vez, de creación y edificación de un mundo mejorado. Y es el pobre quien sabe poner el mundo y ponerse él mismo al servicio de los demás. Puede sonreírse frente a los “diálogos” de Francisco con los animales; de lo que podemos estar ciertos es de que lo que se espera por todos es “el paso del hombre fraternal” que no ataque ni desconfíe, que libere por su bondad.

Cuando el hombre —y el mundo— son medidos funcionalmente por su productividad-rendimiento, la “ferocidad racional” vuelve al hombre contra el hombre, vacía la propia vida en la unidimensionalidad, atropella la naturaleza y alimenta la injusticia y la violencia. Para muchos, *humildad* y *sumisión* servicial son sinónimo de debilidad; para *quien ama* expresan la más alta actividad y la madurez del hombre. Pues, actividad y madurez no radican en perseguir una idea, sino en *aceptar lo que Es* y *acoger profundamente*. Para que el hacer no se convierta en una ilusión ni en una angustia es necesario permanecer abierto a lo que es; es el modo de participar y de ser misericordioso, solar, bondadoso. Incluso ante el pecado, la ira envenena la caridad. *Evangelizar* a un hombre no es adoc-trinarle ni someterle a disciplina, sino asegurarle: “*Tú eres amado de Dios en Cristo*”.

CONCLUSION:

FRANCISCO DE ASIS, FRANCISCO DEL MUNDO

122

Para leer la historia de un hombre hay que aceptar y comprender, incluso si no se está de acuerdo, su raíz y su final. Para hablar de Francisco hemos de partir de que *es un enamorado: Evangelio y corazón* orientan su vida y le hacen “historizar la utopía” de la reconciliación y de la hermandad. Amó a Cristo, no la “cristiandad”; amó a los hombres, no la “humanidad”; amó a los seres, no la “naturalidad”. La suya es una *historia poética de un cristiano humanitario*. La estructura poética de su alma, su fe cristiana, y su identificación con los pobres son esenciales a la “novedad” inaugurada por Francisco. Su fuerza, empero, es el amor: “sólo quien ama apasionadamente lo imposible llega a realizar lo posible a escala humana”. El *Cántico del Hermano Sol* expresa ese amor totalizador, desdoblado en la “mística de la fraternidad” cósmica y en la “unión transformante con Cristo y el Padre”; sin ese amor no hay ascensión al Altísimo ni búsqueda eficaz de la dignidad humana.

Sólo *el pobre* está en disposición de *ser hermano*. Francisco sigue captando la simpatía de todos por la *simplificidad de sus más nobles amores*: a Dios, sobre todos; a Cristo, pobre y crucificado; a los pobres y ‘gentes de los caminos’, preferencialmente; a la vida con sus luces y sombras. Con su impulso bondadoso y vigoroso, de joven, sigue enfrentándonos al Evangelio, a la pobreza liberadora, a la confraternización; pero sin fanatismo, con misericordia, sencillamente. Porque para él, la religión es esencialmente un gran amor. Una *“auténtica civilización del amor”* es la alternativa vivida por el Hermano Francisco, también para nuestro tiempo.

Para cuantos trataron al Pobrecillo, él encarnó la misión de decir a todos que *comenzasen de nuevo y por un cambio de sí mismos*. Francisco no pretendió ser él mismo “los límites para todos”. Fue como un fuego corriendo por los

caminos, una mano abriendo puertas, alguien que jamás alzó una barrera ni marcó una frontera. Cuanto más pobre, más hermano; sólo quien acepta que puede errar podrá encontrar la libertad y la audacia para liberar a otros. Su *Cántico* no tiene reminiscencias mitológicas, sino una visión nueva, para un mundo social nuevo emergente, y en una lengua nueva; un universo con todas las características de lo nuevo: admiración, vigor, sorpresa, inocencia. El "ideal de Francisco" es, así, invitación a la novedad; y se dirige a todo hombre de corazón magnánimo, generoso, capaz de un gran amor.

Francisco fue *un donador*. Halló la forma de dar agradeciendo, celebrando, restituyendo todo al Altísimo; respetando, compartiendo y sirviendo a los hombres y a las humildes criaturas. En este sentido el *Cántico* es "el diccionario de la afirmación, la gratitud y la aceptación", del *agradecimiento* al Altísimo y de la *cortesía* para con los humildes. AMAR quiere decir también no expresar como hechos lo que sólo son deseos, espejo de vanidad y debilidad; el desengaño y la desilusión, experiencias traumáticas en la vida de un hombre, se nutren del "ser burlado". Francisco dirá: "vive sinceramente lo poco o mucho que hayas comprendido del Evangelio", y no exijas a nadie más de lo que puede dar. Puede afirmarse del Pobrecillo que es "el más humano de los cristianos".

123

Cuando un santo, siguiendo a Jesucristo, llega a las profundidades de la existencia humana —su ser y posibilidades—, aparece la perennidad del *Evangelio* y la irrenunciable perennidad de los verdaderos *valores humanos*. Francisco revela, con su historia personal, que los valores humanos son *lugar de presencia* de Cristo, de vida, de humanidad. La invitación de Francisco no es a ilusionarnos, sino a vivir. Lo "nuevo" que él vivió y propuso: amor, comunión, reconciliación, mantienen su vigencia y dinamismo hoy, y son los principios de la nueva estructuración social justa e igualitaria.

“El desamparo y desencanto de nuestra época es de dimensión cósmica”, se afirma. La *crisis* afecta en oleadas concéntricas a todo, y nos cierra más y más: *sistemas* de acumulación de riqueza y criteriología economicista; *fractura social* distanciando más hondamente a pobres y ricos, e injusticia institucionalizada; *luchas de liberación* y manipulación de las esperanzas de los oprimidos; *personalidad desintegrada* y angustia ante ‘lo negativo’ humano. Y Francisco sigue invitando hoy a la fraternidad igualitaria, sostenida no en la riqueza sino en la justa distribución; a la liberación por la bondad, no por la violencia; a la participación creativa del pueblo, por la confianza y el respeto, no por el paternalismo. “No hay milagros. Hay reconciliación. Todo es milagro. Es el corazón humano el que avasalla la creación y tala bosques, el que fomenta la hostilidad. Y, si quiere, el amor”.

124

Al final de su vida, entre intensos dolores, Francisco exclamará: “¡Todo ha sido tan hermoso!”. Sentir la existencia como don del Señor y como gracia de los hermanos es posible a quien puede asegurar, como Francisco: “*Toda mi vida no hice sino amar*”.

El primer mandamiento es creer en el Bien y dejar vivir a todo lo que ES. Respetar lo insignificante. a los pequeños. Emplear nuestra superioridad de hombres en cuidar la creación.

He querido ser el hermano menor entre los hombres y los seres, entre los desamparados y lo débil. Y venerar la silla y la mesa en que compartimos el pan con otros hombres.

Dios es Amor. Si la fuente es el Bien, todo lo que de ella mana es bueno. Dios, el amor, la luz, revientan con necesidad libre de dar vida y bondad, belleza y luz a lo que existe..

La guerra no construye. No hay que atacar ni destruir nada. Las guerras multiplicadas para detener otras guerras se hacen conflicto universal. La verdad, el amor, la luz, se imponen por sí solos, irresistiblemente.

Aunque parezca mentira, la paz y el bien son más fuertes que el odio y la falsedad. No se gana nada con lamentarse. La esperanza levanta cada día su voz y grita: "Ahora comienza todo".

Si queréis hacer un HOGAR de este mundo, poneos en camino con la bandera: la POBREZA, cuyo emblema sea: PAZ Y BIEN, HERMANO.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Siguiendo el mismo criterio simplificador del artículo, haré referencia a una *bibliografía básica*, suficiente para la iniciación de los interesados en la persona de San Francisco, y que evite —como la ausencia de citas en el artículo— el "fundamentalismo" de las citas sin contexto.

125

1. *Fuentes sanfranciscanas:*

San Francisco de Asís, *Escritos (de). Biografías. Documentos de la época* (BAC, Madrid, 1978).

(Obra fundamental. Recoge los *Escritos*, pocos y breves, de San Francisco. Y las primeras biografías del santo, a pocos años de su muerte. Más documentación 'oficial'. Necesaria para acercarse directamente a la persona y espiritualidad del Hermano Francisco).

[Omaechevarría, I., Ed.], *Escritos completos de Santa Clara* (BAC, Madrid 1975).

2. *Estudios modernos:*

Boff, L., *Francisco de Asís: ternura y vigor* (CEFEPAL, Santiago de Chile, 1982).

Carretto, C., *Yo, Francisco* (Paulinas, Madrid, 1981).

Chesterton, G.H., *San Francisco de Asís* (Juventud, Barcelona, 6a. ed., 1974).

Del Buey, F., *Francisco. El pobre que repartía amor* (PPC, Madrid, 1980).

Dornick, N.G. van, *Francisco de Asís, profeta de nuestro tiempo* (CEFEPAL, Santiago de Chile, 1978).

Elcid, D., *El hermano Francisco* (BAC, Madrid, 1978).

Englebort, O., *Vida de San Francisco de Asís* (CEFEPAL Santiago de Chile, 1973).

126

Felder, H., *Los ideales de San Francisco de Asís* (Buenos Aires, 1948).

Fray Gil, *San Francisco. El hombre luz* (Cisneros, Madrid, 1969).

Gamissans, F., *La aventura franciscana* (C.O.V.F., Barcelona, 1979).

Larrañaga, I., *El hermano de Asís* (CEFEPAL, Santiago de Chile, 1979).

3. *Ensayos, varios:*

Anasagasti, *Francisco de Asís busca al hombre* (Bilbao, 1964).

Antoine, L., *La experiencia franciscana* (CEFEPAL, Santiago de Chile, 1974).

- Bachelard, G., *La poética del espacio* (F.C.E., México, 1951).
- Esser, K., *La Orden Franciscana. Orígenes e ideales* (Aránzazu, 1976).
- Gerest, C., *Comunidades y movimientos en el cristianismo en los siglos XI y XII* (Barcelona, 1968).
- Koser, C., *El Franciscanismo y su fuerza de atracción en el mundo de hoy* (Valencia, 1973).
- Leclerc, E., *El Cántico de las criaturas* (Aránzazu, 1977).
- Leclerc, E., *Sabiduría de un pobre* (Morava, Madrid, 1978).
- Ricoeur, P., *Finitud y culpabilidad* (Taurus, Madrid, 1969).
- Ricoeur, P., *Freud: una interpretación de la cultura* (Siglo XXI, Madrid, 1973).
- Rops, D., *Clara en la claridad* (Juventud, Barcelona, 1973).
- Sarasola, L. de, *San Francisco de Asís* (Madrid, 1929).
- Teilhard de Chardin, *Himno del Universo* (Taurus, Madrid, 3a. ed., 1971).
- Vorreau, D., *Primer encuentro con Francisco de Asís* (CEFEPA, Santiago de Chile, 1975).

APENDICE

CANTICO DEL HERMANO SOL

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas,
la gloria y el honor
y toda bendición.

A Ti solo, Altísimo, corresponden
y ningún hombre es digno
de hacer de Ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano Sol,
el cual es el día y nos ilumina.

128

Y es bello y radiante con gran esplendor:
de Ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana Luna y las estrellas;
en el cielo las has formado claras
y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano Viento
y por el aire y el nublado,
por el sereno y todo tiempo,
por el que a tus criaturas das sustentamiento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana Agua,
la cual es muy útil y humilde
y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,
con el que alumbras la noche,
y es bello y alegre,
robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre Tierra,
que nos sustenta y lleva,
y produce frutos diversos
con variopintas flores y hierbas.

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan
por tu amor
y soportan enfermedad
y tribulación.

Bienaventurados los que las sufren en paz,
porque de Ti, Altísimo,
coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana Muerte corporal,
de la que ningún hombre
viviente puede escapar.

¡Ay de aquellos que mueran
en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos que sean hallados
en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda ningún mal les hará.

129

Load y bendecid a mi Señor,
y dadle gracias y servidle
con gran humildad.
